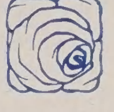


J. Ramos Martín.



LA MONTERÍA

ZARZUELA
EN DOS ACTOS

ARGUMENTO
Y CANTABLES





Jacinto Guerrero.

20 CÉNTIMOS

n Preciados, 1,

y

eligros, 14 y 16

se vende

LA MONTERÍA

en

Discos ODEON

ARGUMENTO Y CANTABLES

DE

LA MONTERÍA

ZARZUELA EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS, EN PROSA Y EN VERSO, ORIGINAL DE JOSÉ RAMOS MARTÍN, MUSICA DEL MAESTRO JACINTO GUERRERO

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una aldea de Inglaterra. En la lateral izquierda, fachada principal del castillo del duque de Jetkinsson, antigua morada de señores feudales y actual finca de recreo de su ilustre dueño.

Al levantarse el telón se oye el sonido de las trompas de caza. A poco sale Pipón del castillo y responde con su trompa a los sones lejanos. Por la derecha sale Ana, seguida del coro general de aldeanos.

Pipón, que es el guardián del castillo en la ausencia del Duque, dice a los aldeanos que ya pronto regresará éste, con sus invitados, de la montería. Pregunta por su hermana, alarmado de no verla allí, y entonces hace su aparición Marta. (Mientras canta el siguiente número de música, Pipón obsequia con vino a todos los aldeanos.)

Música.

ALDEANAS. Hermosa aldeana,
luz de la mañana,
bien vengas aquí...
ALDEANOS. Salud, compañera

de cara hechicera,
ven cerca de mí.

MARTA. ¡Salud a todos los aldeanos,
sálud a todas mis compañeras!
CORO. ¡Bebe, que es día de regocijo;
bebe, que el Duque paga la fiesta!

MARTA. Al Duque le he visto allá,
y un osado cazador
de los que marchan con él
ha encendido mi rubor,
pues, queriéndose burlar,
dice que, por mi candor,
él, ¡pobre infeliz!,
se muere de amor.

TODOS. Al Duque le ha visto allá...
etc.

MARTA. *(Riéndose.)* ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
No sabe el pobrecillo
de quién se ha ido a burlar.
PIPÓN. *(Ofreciéndola vino.)* Toma y bebe...
MARTA. Trae acá.
A Marta la Aldeana
no es fácil engañar.

Si loco de pasión
me dice un hombre que mi amor ansía,
no me hago la ilusión
de que no ha de olvidarme al otro día.
Es tonta la mujer

que ignora que en amor todo es falsía,
que en esto del querer
ya nadie, por fortuna, se confía.

(Imitando la amorosa súplica de un galán.)

Dueño mío,
mi albedrío,
por ti muero de ansiedad;
oye a quien loco suspira
por tu beldad...
¡Ah!
¡Mentira, todo mentira!...
¡No es verdad!...

CORO. Dueño mío,
etc.

MARTA. No creo en el amor,
ni en sus dulces promesas yo confío;
el cariñoso ardor
suele morir a manos del hastío.
De amores me burlé
y de sus juramentos yo me río,
y así no lloraré
el triste desengaño del desvío.

Dueño mío,
etc.

Terminado el número hace mutis el Coro, y Marta confiesa a su amiga Ana que el cazador que la persigue es el hijo del Duque.

Pipón, que está enamoradísimo de Anita, la requiere

de amores, y cuando más entusiasmado está hablándola, aparece Edmundo, hijo del Duque.

Música.

EDMUNDO. ¡Bravo!... ¡Bien!... ¡Así me gusta!
¡No os separéis, vive Dios!...
PIPÓN. ¡Sir Edmundo!
ANA. ¡Caballero!...
EDMUNDO. Seguid hablando de amor.
ANA. Os engañáis...
EDMUNDO. No me engaño,
¿verdad, amigo Pipón?
¡Si es vuestro amor imposible,
yo soy vuestro protector!
MARTA. ¡Es él!
EDMUNDO. ¡Es ella!
MARTA. ¡Oh, qué arrogante doncel!
EDMUNDO. ¡Oh, qué divina doncella!

Venid a mi lado,
venid sin temor,
que soy, desde ahora,
vuestro protector...
ANA y PIPÓN. ¡Nuestro protector!
MARTA. ¡Es su protector!...

EDMUNDO. Si en el pecho sentís
un dulce fuego encantador,
si tan sólo vivís
guiados por un mágico fulgor,
es por Amor
por quien sufrís!...

¡Oh, qué dulce tormento el que sentís!...
¡No lo hay mejor!
Amor...

MARTA. Amor...

TODOS. Amor...

EDMUNDO. En las alas de un suspiro
vuela mi loco deseo:
que al aire lanzo mis quejas
si no la veo.
En las sombras de mi vida
me guían los ojos de ella:
que, en la noche de mis duelos,
ella es mi estrella.

MARTA. ¡Bien se ve, señor,
que sufrís de amor!

EDMUNDO. Ya he logrado, bella niña,
la dulce gloria que anhelo:
que el fulgor de tus miradas
es mi cielo.

TODOS. Si en el pecho sentís.
etc.

Terminado el número, y cuando Edmundo consigue quedarse a solas con Marta, la galantea, siendo sorprendido, en pleno idilio, por la Marquesa, la Condesa, la Baronesa y la Vizcondesa, las cuales, con sus carcajadas, hacen que la aldeana huya avergonzadísima.

Las cuatro mozas se burlan de Edmundo, y le dicen que procure que no se entere su prima Ketty, con quien

el joven va a casarse pronto, pues si llegasen a sus oídos tales aventuras, se desharía la boda.

Edmundo las asegura que todo se reducía a un galanteo sin trascendencia, y las ruega que cese la murmuración.

Música.

EDMUNDO. La murmuración
es el pecado más corriente en la mujer.

ELLAS. No tienes razón,
y así, a ninguna nos habrás de convencer.
No vale insistir,
puesto que nada nos habrás de demostrar.

EDMUNDO. Yo no sé mentir,
y lo que digo, si queréis, puedo jurar.

¡Oh condesita gentil!
¡Oh vizcondesa ideal,
bella marquesa,
linda condesa,
os juro a todas que os engañáis!

Mi corazón sólo habré de entregar
a una mujer que sea de mi igual.
Flor de salón mi amante habrá de ser,
con frenesí mi fe la juraré.

¡Ven aquí,
mírame,
no te alejes de mí,
quiéreme!
Ven a calmar el ardor
del que muere por tu amor.

ELLAS. ¡Oh cazador, cazador,
que vas en pos del amor,
ten gran cuidado,
porque cazado
sin duda alguna es el cazador!...

EDMUNDO. Niña gentil, encanto de mi amor,
ven a bailar, que ya comienza el *fox*.
Seré feliz mientras bailando esté.
Juntos los dos, tu cuerpo estrecharé.

Ven aquí,
etc.

Vuelven de la montería el Duque, su sobrina Ketty y los invitados, y, al quedarse solos el Duque y su hijo, el anciano amonesta severamente a Edmundo, culpándole de desvío hacia su prometida. El joven desvanece los temores de su padre y éste queda tranquilo; mas en una conversación que Edmundo sostiene con sus amigos, les asegura que sólo se casará con su prima, porque su padre le amenaza con desheredarle si no lo hace. Afirma que actualmente trata de conseguir los favores de Marta. La empresa es un poco difícil, pues la moza es honrada y su hermano Pipón la vigila sin descanso, y así se lo hace ver éste a Edmundo y a sus amigos.

Pero Edmundo no desiste de su empresa y manda por sus monteros una carta a Marta.

Música.

MONTEROS. Escucha, bella niña, por favor;
no desoigas mis ruegos, ven aquí,

que soy un mensajero del amor,
para ti...

MARTA. ¿Para mí?...

MONTEROS. Para ti.
No pongas ese gesto de desdén;
no vuelvas ese rostro encantador,
fascinadora niña; escucha bien
del amor, seductor, el clamor.

MARTA. Osados mensajeros
heraldos del Amor,
las ardorosas frases
no quiero escuchar yo.
Que es el Amor
niño traidor,
que a su sabor
y a su placer,
al hombre le hace engañador
y vuelve loca a la mujer.
No hay que fiar
ni confiar
en lo que pueda dar de sí
un niño que aprendió a volar
y ciego vuela por ahí.

MONTEROS. Así a los cuatro vientos
debemos proclamar,
que a Marta la Aldeana
no es fácil conquistar.

Terminado este número, sale Edmundo y canta un apasionado dúo con Marta, la cual acaba por caer ren dida en sus brazos, haciendo mutis los dos.

La frase culminante de este dúo es la siguiente:

Ya la ilusión con que soñé
será dulce realidad;
en tus ojos quiero yo
ver la eterna felicidad;
el amor tuyo ha de ser
mi fantástico ideal.
Ven, que tu amor es mi ilusión,
y por él quiero soñar,
y por él quiero vivir;
luz que siempre me guiará.
En el fuego de tu amor
yo me quiero abrasar.

Pipón los ve marchar y se propone vengarse, contando para ello con la ayuda de Ana, a quien los aldeanos acaban de nombrar Reina de la Justicia del Amor. Esta soberana de un día, según tradición de la aldea, dicta, el día de la fiesta, sentencias en las querellas de los amantes, y sus decisiones son inapelables.

Termina el cuadro aclamando todos los aldeanos a Ana.

Música.

CORO. ¡Hurra por nuestra reina,
reina de un día,
la que en nuestros amores
hará justicia!
ANA. Yo todas las querellas
sentenciaré.
PIPÓN. (En ella mi venganza
confiaré.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Plaza de la aldea. Al levantarse el telón, el Coro general se pasea por el escenario en animadas parejas. A poco sale Ana seguida de otras aldeanas. Todas ellas visten trajes típicos de aldeanas inglesas, con faldas de exagerado vuelo.

Música.

ALDEANAS. Con el traje típico
de las aldeanas,
a la fiesta célebre
vengo ataviada.
Me puse con júbilo
estas antiguallas,
que hace muchas décadas
estaban guardadas.

ANA. ¿Estoy bien así?

TODOS. ¡Claro está que sí!

ANA. Pues entonces danzo y río,
porque mi atavío
te ha gustado a ti.

I

¡Hay que ver mi abuelita, la pobre,
qué cosas usaba!...
¡Hay que ver estos puños, señores,
que ver estas mangas!...

Contemplad este vuelo tan grande
que tiene la falda...
¡Santo Dios, y qué trajes más raros
entonces gastaban!...

¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver
la ropa que hace un siglo
llevaba la mujer!...
¡Creo yo, creo yo, creo yo
que de una de estas faldas
salen lo menos dos!...

TODOS. ¡Hay que ver...! etc.

II

Yo no sé cómo entonces las mozas
andaban con gracia.
Sólo dos que bailasen a un tiempo
la plaza llenaban.
Para hacer una falda como ésta,
¡ya echarían varas!...
¡La mujer que se hiciera dos trajes
su casa arruinaba!

¡Hay que ver...! etc.

Terminado este número, y tras una breve escena de amor entre Ana y Pipón, sale Marta, a la cual hace entender Pipón que está enterado de todo. Al quedarse solas las dos mujeres, Marta confiesa a su amiga

que el hijo del Duque la asedia y que ya la van faltando las fuerzas para resistir a sus amorosas súplicas. Ana la da buenos consejos y vanse las dos.

Edmundo, en una breve conversación que sostiene con sus amigos, les asegura que muy pronto logrará sus torpes deseos. Tal vez aquella misma noche, pues todo lo tiene preparado para tal fin.

Llega Pipón, enterado de todo, y amenaza a Edmundo, asegurándole que piensa hacerle el amor a Ketty, pues si los nobles se atreven a hacer el amor a las villanas, en justa correspondencia también los villanos pueden hacer el amor a las señoras.

E insiste en tal teoría después de la celebración del baile de los colores, armando el consiguiente escándalo.

CUADRO TERCERO

Jardín del castillo. A la izquierda, casita donde viven Pipón y Marta. *Es de noche.*

Sale Pipón de la casita, y después de mirar en todas direcciones, hace mutis por la segunda izquierda. En seguida sale Ketty, la cual se dirige hacia la casa. Cuando va a llamar oye la voz de Edmundo, que canta, y entonces se detiene.

EDMUNDO. (*Dentro.*) Si en el pecho sentís,
etc.

Asaltada por una idea repentina, se oculta, y enton-

ces sale Edmundo, seguido de los monteros, y entona la siguiente serenata:

EDMUNDO. Por mi mal una tarde abrileña
te vi en la ventana,
y mis ojos buscaron los tuyos,
luz de la mañana.
Por mi mal me quedé enamorado
al ver sus destellos,
y no hay ya para mí en este mundo
más luz que la de ellos.
Trovador, trovador,
no alimente tu pecho ese amor.
Moriré, moriré,
que este amor es mi norte y mi fe.

Hacen mutis los monteros, y entonces Edmundo renueva a Marta sus juramentos de amor, en un dúo. Oyense las campanadas de un reloj lejano.

EDMUNDO. Ya llegó el momento,
poco hay que esperar.
Todos mis afanes
se realizarán.

Conduce a Marta hacia la primera izquierda, y la hace sentar sobre unas piedras. Él se sienta a sus pies, y, cogiéndola una mano, canta con voz muy queda, mientras salen varios gnomos y bailan una danza entre las ruinas del castillo:

Es la noche callada
la protectora de los amantes.

Yo estoy junto a mi amada;
¡felices horas, dulces instantes!...
Gocemos, Marta mía,
de los encantos de un amor puro...
¡Noche de poesía,
salen los gnomos a tu conjuro!
Cantan los ruiseñores
entre el misterio de la enramada.
Mece el aire las flores,
danzan los gnomos, cantan las hadas.
¡Noche de poesía
como esta noche no vi ninguna!...
Prenda del alma mía,
brilla más clara la hermosa luna.
Hora de encantos llena,
misterio dulce y encantador.
En la noche serena,
todo en la tierra canta al amor.

Al sentir que se acerca Pipón, vase apresuradamente Edmundo. Sale Pipón loco de júbilo, y le dice a Marta que le ha contado al Duque la amorosa solicitud de Edmundo, y que el noble, ciego de ira, le ha dicho que obligará a su hijo a que parta inmediatamente, y que nunca más volverá el galán por allí.

Marta llora viendo caer por el suelo todas sus ilusiones, y entonces sale, llorando también, Ketty, que dice a Marta:

—¡No te aflijas! Volverá... Yo te juro que volverá... Porque debe volver... ¡Porque es a ti a quien quiere!...

Rompe a llorar. Marta cae a sus pies, besándole las manos. Fuerte en la orquesta y telón.

CUADRO CUARTO

Alrededores de la aldea, donde se celebra la fiesta de la Justicia del Amor.

Pipón consigue, auxiliado por Ketty y por Ana, que Edmundo logre el permiso de su padre para casarse con Marta.

Y termina la obra aclamando los aldeanos al Duque, a Ketty y a Marta.

FIN DE LA ZARZUELA

Tip. Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.